

PEDRO FERNANDEZ MADRID

Nada es más raro que hallar *un hombre* convenientemente equilibrado por sí mismo, cuya conducta esté en perfecta armonía con sus facultades; cuyo carácter esté en correspondencia lógica con sus dotes mentales; cuya moralidad concuerde con su ciencia; cuyo buen sentido sepa mantener en fiel, en su propio ser, la alta sabiduría y la fe religiosa, las galas del ingenio y la modestia en el decir y en los proceder; cuya vida, en fin, haya sido desde la niñez hasta la muerte, inofensiva y serena.

Tal fue en Colombia el ilustre ciudadano Pedro Fernández Madrid; y espero que así lo pondrán de manifiesto estas líneas, dictadas por un sentimiento de imparcialidad que se aduna en mi alma al de la más respetuosa estimación.

I

Frecuentemente, por los años de 1843 a 45, siendo yo a la sazón estudiante de jurisprudencia, iba a pasear, hacia la hora apacible de la puesta del sol, por la calzada —cercada de alegres quintas y orillada por frescas hileras de sauces y cerezos, salvios y rosales— que llamaban entonces *la Alameda*. Casi siempre veía pasar dos señoritas y un joven que iban juntos de paseo, departiendo con fraternal abandono pero con exquisita compostura, y haciéndose notar por su modesto continente

y cultura de modales. Las dos señoritas eran: *Pepita* Gual, encantadora joven, hija del ilustre hombre de Estado y prócer de la patria don Pedro Gual, y Gabriela Fernández Madrid, bella como un espléndido lirio blanco, adorable por su apostura de dama castellana, su melancólica fisonomía y su carácter de incomparable dulzura. El joven, por dicho se está, era Pedro, hermano mayor de Gabriela, hijo, nacido en la adversidad, de aquel noble poeta y gran ciudadano José Fernández Madrid, último presidente de las *Provincias Unidas de Nueva Granada* en la época luctuosa (1816) de los *pacificadores* españoles o expedicionarios de Morillo.

Aquel joven me impresionó desde 1844; me infundió respeto aún más que simpatía, y aunque no llegué a ser su amigo sino seis o siete años después, fue desde entonces para mí objeto de una estimación que el tiempo hizo llegar hasta la veneración. Aquel hombre fue una completa armonía, a tal punto, que así como su prematura vejez se pareció a su infancia, y sus actos a su espíritu y educación, su sepulcro armonizó con su cuna. Nació proscrito por los tiranos de su patria, y murió después de muchos años de una especie de destierro a que le condenó la enfermedad, el terrible tirano de la vida.

Hallábase en La Habana, desterrado de su patria, don José Fernández Madrid, cuando acababa de sucumbir la primera república, obra de los próceres de 1810, y sus pueblos gemían bajo la más sanguinaria tiranía. Su esposa, mujer de gran carácter, de eminentes virtudes, claro ingenio, distinguida belleza y notabilísima familia, acompañaba al dulce poeta y ex presidente proscrito; y en la misma ciudad de La Habana dio a luz a su hijo Pedro el 29 de junio de 1817,

Nacido en las amarguras de la proscripción y la pobreza; criado bajo la dirección de un literato de considerable ilustración y gran patriota, y de una mujer de espíritu recto y penetrante y corazón profundamente cristiano; huérfano de su padre (que en 1825 fue ministro de Colombia en Inglaterra) cuando apenas tenía trece años; educado en seguida en la severa universidad inglesa de Oxford y después inseparable en el resto de su vida de aquella madre que le amaba con ternura y le daba ejemplos de virtud amable y de entereza de carácter, Pedro Fernández Madrid traía en su nacimiento mismo, en sus padres, en su educación y en todas las circunstancias de su modo de ser los elementos del carácter que le fue propio y de todo lo que hizo su existencia tan excepcional y rara. Puedo afirmar que Madrid (así le llamaban generalmente) no se pareció a ningún hombre público de su generación; que fue en Colombia una *especialidad* humana, un *tipo único*, hombre de una pieza en lo moral como en lo físico; que jamás trilló, siquiera fuese por algún momento, caminos que no condujesen al bien por línea recta, y que, por lo mismo, muy difícilmente podrá ser reemplazado por colombiano alguno.

Madrid llevaba en la fisonomía, en todo el porte y continente, en su ser entero el sello de su nacimiento, de su infancia y de su adolescencia. La tristeza de la madre expatriada, y del padre, no sólo afligido con el destierro como patriota, sino vencido como gobernante de un pueblo que luchaba por su emancipación; el fastidio inevitable para un hijo de la zona tórrida que se educa en extranjero suelo, en la nebulosa Inglaterra, aislado de su familia y de su raza; la seriedad y gravedad de una educación clásica, tal como la que desde siglos atrás se recibe en la monumental univer-

sidad de Oxford, en cuyos edificios abunda lo gótico, severo y sombrío: todo aquello debía imprimir carácter en el joven Fernández Madrid, producir en su alma impresiones indelebles, y reflejarse, como una especie de luz tibia y melancólica, en su grave semblante, en sus austeras costumbres, en la sobriedad de su lenguaje, en sus estudios y géneros del saber, en sus maneras, tan comedidas como fríamente discretas, y en los actos de su vida pública.

Puede decirse que Madrid, si por una parte aprendió a *sentir en español*, por su raza y su patria, por otra, aprendió a *pensar en inglés*, por su educación y el giro de sus estudios. Y bien se comprende que en su ser moral habían de equilibrarse el sentimiento y el espíritu: el primero, sensible y capaz de vehemencia, conforme a la filosofía de la raza hispanoamericana; el segundo, grave, serio y positivo, como lo comporta la índole de la sociedad inglesa.

II

He dicho que al conocer a Madrid no me inspiró simpatía sino respeto, y que, con el tiempo, este sentimiento se convirtió en veneración; y creo que lo propio aconteció a cuantos no le trataron con suma intimidad o no pertenecían a su familia. La simpatía es una inclinación o afecto suave, frecuentemente no motivado por hechos personales, que nace principalmente de la grata impresión que nos causan desde el primer momento la fisonomía, el lenguaje, los escritos u otras circunstancias exteriores e independientes de nuestro interés. Y, ni la fisonomía, ni el lenguaje, ni los escritos de Madrid inspiraban aquel suave cariño que

predispone el alma a tiernas emociones o a solicitar el íntimo comercio de una persona.

No; Madrid inspiraba un sentimiento menos tierno y delicado, pero más profundo, *razonado* y durable que la simpatía: inspiraba *respeto*. La simpatía es involuntaria, instintiva y a las veces fugaz: el respeto es fruto de la reflexión; es un acto interior de justicia; es un homenaje que rendimos a alguien o algo, a virtud de un razonamiento que nos hace reconocer previamente el *mérito* de la persona o la alta importancia de la cosa.

Y este razonamiento se lo hacía quienquiera que viese a Madrid, que le escuchase conversar o discurrir, o leyese sus escritos o conociese su vida. En él todo tenía el sello de la austeridad y la equidad, del orden y la moderación, del respeto por el derecho ajeno y del sentimiento del deber propio. Desde joven tenía aire de hombre proveyo, y con el semblante y las maneras ponía de manifiesto al hombre justo, sin ambición y sin pasiones turbulentas. Este hijo del destierro no tuvo verdadera infancia, porque ni sus padres tuvieron *hogar patrio* en la oprimida capital cubana, ni él conoció los juegos propios de un infante. Fue grave, serio y pensativo desde la edad en que todos somos inconscientemente felices con la ociosidad, la travesura y el retozo. Ni tampoco gozó de las alegrías, la expansión afectuosa y el dichoso aturdimiento de la juventud, porque su aislamiento en Oxford, sin patria ni familia, las tristezas de la orfandad en tierra extraña y la severidad de sus estudios, tenían que alejarle de aquellos placeres que dan a la juventud al propio tiempo risueñas ilusiones, bellas esperanzas, gratos estímulos y gracia comunicativa y seductora.

Era Madrid hombre de más que mediana estatura, andar mesurado, continente severo, pulcrísimas costumbres, lento y circunspecto decir, y muy dado a practicar las buenas reglas de higiene y solazarse cotidianamente con largos y solitarios paseos. Pálido y anguloso el rostro, amplia y protuberante la frente, profunda y casi adusta la mirada, el aire franco pero retenido, correcto el corte de la barba y el porte lleno siempre de distinción y compostura, Madrid tenía en todos sus rasgos un no sé qué de la austeridad del profesor, de la circunspección del diplomático y de la austera nobleza del caballero antiguo. Al mirarlo no más se sentía uno como obligado a descubrirse y llevar el sombrero en la mano.

Cualquier observador superficial podía creer (y así llegaron a decirlo algunos por lo bajo) que la modestia de Madrid era orgullo disimulado, que su esquivéz aparente era el egoísmo encubierto, y que su retraimiento de la política militante era efecto de frialdad de corazón. Pero cuán erróneos no eran estos juicios de los que muy superficialmente conocían a Madrid. El era tímido como un niño, por desconfianza en sus fuerzas y a causa de las circunstancias de su adolescencia y educación; era por extremo aprehensivo y delicado y absolutamente incapaz de disimulo. Tenía el alma tan recta y sana, tan profundamente honrada, que de sus labios jamás podía salir sino la verdad, o lo que él, con toda conciencia, tenía por verdadero. Si de ordinario era tan reservado, aun con sus amigos íntimos y deudos, provenía esto del honrado temor que le asistía de no acertar al emitir una opinión o dar un consejo. Pero esta reserva no le impedía ser ingenuo y absolutamente sincero, cuandoquiera que le precisaba expresar sus pensa-

mientos. Detestaba el fingimiento y la mentira, ora fuese obra del gesto, de la palabra o de lo escrito, y nada le parecía tan sagrado, tan esencialmente divino, por ser reflejo de Dios, como la verdad en todas las cosas.

La esquividad de Madrid no era la del hombre huraño y misántropo, sino un retraimiento que llamaré *antimundanal* y *antipolítico*. Nadie era más tranquilamente sociable que él ni más culto en las maneras, ni más accesible al trato delicado y circunspecto. Lo que él aborrecía era el bullicio y la ostentación; lo que evitaba eran las conversaciones vanas y pueriles, los diálogos de corro y de tertulia ruidosa, los placeres pasajeros y triviales; todo lo que podía ser un halago para las gentes aturridas e insubstanciales. Pero gustaba muchísimo de las lecturas en familia, de la buena música, de la poesía elevada y las reuniones íntimas y decentes, así como de la sociedad con sus discípulos, en las clases, y de concurrir a los certámenes y demás actos universitarios y escolares.

Madrid era sobre todo un hombre *doméstico*, amante de la familia y fiel al hogar. Allí era donde él, con una sencillez entre candorosa y patriarcal, ponía de manifiesto su exquisita delicadeza de sentimientos, lo acendrado de sus principios y su ternura de corazón, jamás expansiva en gestos ni palabras, pero siempre inequívoca y profunda. Si amaba a su madre con la más respetuosa solicitud y la rodeaba siempre de cariñosos cuidados, era para con su esposa dulce y amable (como lo es ella y lo mereció en todo caso), y parecía ser al propio tiempo el padre tierno, el casto amante y el íntimo amigo de su modesta compañera. En lo tocante a sus cuatro hijas, que varón no tuvo ninguno, no solamente las amaba con bondad y ternura, y las

educaba en la virtud y en las más sanas prácticas de urbanidad, modestia y benevolencia cristiana, sino que fue su maestro para ellas en todo, y en cierto modo su sacerdote. Las comunicó mucho de sus conocimientos con singular tino y discreción, haciéndolas adquirir, en el recogimiento del hogar, una instrucción sólida y variada; y las inculcó, así con el ejemplo como con las enseñanzas—que consistían en sencillas conversaciones metódicamente sostenidas—, aquellas creencias de religión y de moral que, hábilmente comunicadas a un alma bien nacida, la preservan para siempre de las pasiones tumultuosas, del deshonor y aún del pecado.

III

Madrid, acaso el hombre más cortejado por los partidos, huía de la política, la detestaba, la evitaba cuanto podía, cual si fuera una peste o enfermedad contagiosa, y rehusaba casi todos los empleos con que sus amigos querían comprometerle en el servicio público. Los partidos se le disputaron de 1850 a 59, porque cada cual reconocía la honra que podía reportarle el decir con justicia, respectivamente: "Madrid es liberal", o "Madrid es conservador". Pudo obtener hasta los más altos empleos con sólo consentirlo y los rehusó: ni quiso legaciones a Europa y los Estados Unidos, ni ministerios de Estado; prefiriendo estarse durante algunos años en su puesto favorito, que era el de subsecretario y jefe de la sección de relaciones exteriores. Sin haber solicitado nada el partido liberal le llevó en 1851 a la Cámara de Representantes, así como, años después, el partido conservador le llevó con orgullo al Senado. En aquel

empleo de relaciones exteriores, Madrid estudió y conoció a fondo la historia de nuestra diplomacia, de nuestras arduas cuestiones sobre límites (todavía por demarcar), y de las reclamaciones motivadas por nuestras guerras civiles; y siempre utilizó, sin ostentación alguna, aquel profundo saber que le distinguía en lo tocante a la historia, la geografía y todos los ramos del derecho de gentes.

En 1854 el partido conservador quiso con empeño adoptar a Madrid candidato para la vicepresidencia de la república, y tales fueron la repugnancia del poder, el terror de gobernar a sus conciudadanos y el miedo de hallarse en la posibilidad de ser desacertado o injusto, que se apoderaron de la honrada alma del eminente publicista, que no sólo rechazó rotundamente aquel peligroso honor ofrecido a su virtud y su mérito, sino que se enfadó, declarando no reputar como sus verdaderos amigos a aquellos que pretendían imponerle tan enorme responsabilidad y tan terrible martirio. Por consecuencia de esta perentoria repulsa, fue escogido candidato y electo vicepresidente el doctor Manuel María Mallarino.

¿Había egoísmo u orgullo en aquella resistencia de Madrid a sentarse bajo el solio presidencial? No. Por una parte, él veía como inevitable el triunfo próximo de la federación, y no siendo él federalista, no quería verse colocado en la alternativa, o de ser infiel, como magistrado, a la voluntad nacional, estorbando el cumplimiento de las instituciones federativas y provocando la guerra civil, o de dar cumplida ejecución a un sistema de gobierno que él sinceramente reputaba como erróneo y pernicioso.

Por otra parte, Madrid sabía que al hallarse en el puesto más encumbrado del gobierno, lejos de

ser el jefe libre y responsable tenía que someterse, más o menos, a ser el instrumento de su partido; y él de ningún modo quería comprometer la independencia de su carácter austero, la rectitud de su conciencia ni su noble serenidad de alma. Razón le sobraba para proceder así puesto que conocía la índole de los partidos políticos. Nada es más feroz que la intolerancia de los partidos, sobre todo en las sociedades democráticas. Ellos pretenden posesionarse de la conciencia y hasta de la dignidad personal de sus miembros; exigen de éstos una adhesión absoluta; y más fácilmente perdonan o toleran los ataques de sus adversarios, que los actos de censura, oposición o resistencia de sus adeptos, dictados por el sentimiento de la probidad política o por un profundo respeto por los principios, el honor y la verdadera gloria de la causa que aquestos disidentes defienden. . .

No obstante su repugnancia de los empleos propios del gobierno, Madrid se vio obligado a servir, durante algunos meses, la presidencia del Estado de Boyacá, para la cual fue electo en 1857 sin su previo conocimiento. Promovió la concordia de los partidos en aquel importante y populoso Estado, trabajó por el progreso de la instrucción pública y las vías de comunicación, dio ejemplos de probidad y moderación y tornó con impaciencia a su querido hogar, huyendo de un poder que sus manos honraban ejerciéndolo y que tantas otras, impuras, codiciaban.

Por desgracia, nuestras costumbres políticas venían ya tan viciadas, que el interés de partido predominaba, así en el juicio apasionado de los conservadores como de los liberales, sobre todo lo concerniente al principio supremo de justicia, que es la expresión de la armonía entre el derecho y el

deber. Madrid era uno de aquellos hombres raros que no admiten transacciones con la moral, ni artificios o especiosos acomodamientos con el deber. Para él la moral era una sola en todas las cosas humanas; de suerte que no reputaba ser lícito a los gobiernos, los partidos o los pueblos, ejecutar ningún acto que fuese prohibido a los particulares; y así, tan deshonrosa le parecía ser una violencia oficial o colectiva, como otra que en lo privado fuese indigna del hombre honrado y pundonoroso. Noble y sana doctrina que ojalá fuera profesada y practicada por nuestros hombres públicos.

Una vez que Madrid dejó en 1851 el puesto que tenía, desde años atrás, de jefe del departamento de relaciones exteriores, su carrera pública (salvos los cuatro meses de presidencia en Boyacá) se redujo a las funciones puramente parlamentarias, al servicio de algunas cátedras (derecho internacional y lengua inglesa), y a una que otra publicación hecha por la imprenta, ocasionalmente y sin propósito de llamar la atención hacia él mismo. Ya desde los años de 1845 a 49 había ganado justa y sólida reputación de escritor y publicista, tan mesurado como docto, tan castizo, elegante y atildado en el estilo como prudente y discreto en las investigaciones y los juicios.

Desde 1851 brilló Madrid en los congresos y cuerpos legislativos, por su moderación, su severo patriotismo y su saber; y siempre sostuvo con firmeza y alta independencia de espíritu y carácter todo aquello que le pareció justo, bueno y patriótico, sin herir a nadie, sin apartarse un punto del deber, sin rehuir en manera alguna la responsabilidad de sus opiniones y sus votos. Los informes que emitía en comisión, eran siempre laboriosos,

eruditos y dictados por la más austera rectitud; y entre ellos fue particularmente notable el que produjo respecto de la cuestión de límites con el Brasil, con cuyo documento hizo desaprobar el tratado que en 1853 (administración del general Obando) celebró el doctor Lleras con el ministro brasilero señor Lisboa. Ya desde años atrás había dado Madrid grandes muestras del saber en historia y geografía patrias y derecho internacional, y hecho al país al propio tiempo un servicio muy importante, al dar a la estampa su laborioso estudio sobre *Nuestras costas incultas*, que puso en claro los derechos de la república en el vasto litoral del Atlántico, objeto de codiciosas usurpaciones.

IV

Si la educación que había recibido Madrid era verdaderamente clásica, su instrucción era tan extensa como sólida. Conocía a fondo muchas lenguas, particularmente la propia, y la latina, la inglesa y la francesa, así como las literaturas respectivas en sus más preciados tesoros; era muy versado en las ciencias morales y políticas y especialmente en derecho de gentes, historia y geografía; sus conocimientos abarcaban todo lo que un verdadero filósofo y hombre de Estado debe saber para conducirse bien y manejar con tino los asuntos públicos.

Tanto por amor a las ciencias y las letras, cuanto porque su retraimiento de la política militante dejaba a su espíritu indagador el vagar y reposo necesarios para procurarse las deliciosas fruiciones con que halaga el estudio a las almas elevadas, Madrid nunca cesaba de estudiar. Es conocida la respuesta que dio un día a cierto amigo suyo que le

preguntaba con admiración por qué, sabiendo tanto, estudiaba más y más: "Muy poco es lo que sé y mucho lo que necesito *aprender*, mayormente cuando tengo el inmerecido oficio de *enseñar*." Un hombre de este linaje, no podía menos que ser un excelente profesor; y lo era en verdad: sus enseñanzas fueron siempre de sumo provecho para sus numerosos discípulos de uno y otro sexo.

No obstante el cotidiano ejercicio que hacía a pie, la pulcritud de sus hábitos y la vida admirablemente arreglada y apacible que había vivido siempre, Madrid contraído, más de diez años antes de su fallecimiento, una cruel enfermedad que le obligó no sólo a evitar todo trabajo, toda faena, por muy moderada que fuese, sino a buscar la mejoría, o por lo menos una situación tolerable, fuera de Bogotá. Probó en vano varios climas, ya ardientes, ya templados, y al cabo fijó su residencia en Serrezuela (distrito que hoy lleva el nombre oficial de tan ilustre huésped), uno de los primeros pueblos fundados por los conquistadores en la vasta planicie del Funza.

Aquel fue un lugar de prueba para la noble alma y el gran carácter de Madrid; y no como quiera, sino durante largos y amarguísimos años. Forzado a la quietud en el dolor, dejó de ser hombre de Estado y profesor para convertirse por ministerio de la sociedad, en mentor y consejero eximio. Toda persona relacionada con él que deseaba acertar en algún trabajo de historia o ciencias políticas, de filosofía o literatura y aún del orden oficial, ocurría de palabra o por escrito al solitario de Serrezuela pidiéndole consejo, solicitando el criterio del recto juicio, del buen gusto literario, de la vasta erudición y del patriotismo de aquel hombre de fe y fuertes convicciones, patriarca pre-

maturo, atormentado por la enfermedad pero de una fuerza moral inquebrantable. Madrid vivía ocultando en lo posible los cruelísimos dolores que le aquejaban, por no hacer sufrir con ellos a su anciana madre, su esposa y sus hijas; combatiendo el sufrimiento con la meditación y con el estudio, hecho frecuentemente por medio de aquellas; familiarizándose tranquilamente con la idea de la muerte —que sólo acobarda a los culpables, los incrédulos o los hombres de alma pequeña, apegada al interés o al deleite—, y preparándose de hora a hora y de momento a momento, con las dulzuras de la fe y las divinas esperanzas de la religión, al tránsito supremo que había de hacer su alma del polvo y las miserias de este mundo a la inefable venturanza de la inmortalidad (1).

V

Es pertinente recordar aquí, entre no pocas anécdotas interesantes que se podrían referir, cuatro que ponen de manifiesto el carácter de Madrid, ya como adolescente, ya como creyente y filósofo, ora como ciudadano y como padre de familia.

Tenía apenas doce años y hacía sus estudios en la universidad de Oxford, cuando llegó a su colegio la noticia de la gran victoria obtenida en la batalla del Tarqui (1829) por las armas colombianas sobre las del Perú. Regocijábese, como era natural, el joven estudiante, aplaudiendo aquel suceso, y un condiscípulo suyo, peruano, lleno de patriótico despecho, le injurió y desafió. Reportóse el joven

(1) Murió en Serrezuela (hoy día Madrid) el 7 de febrero de 1875, y allí fue inhumado su cuerpo.

colombiano, dueño de sí mismo desde tan tierna edad, y respondió que se batiría si sus padres le daban licencia para ello, soportando entre tanto algunas burlas. Fue a su casa, pidió primero la licencia a su madre y como ésta se la negase, ocurrió a su ilustre padre. Don José Fernández Madrid no era hombre de negarla pareciéndole que había caso de honor.

Tornó el chico a su colegio y arremangándose la chaqueta delante de su contendiente dijo: "Ahora sí peleo, porque me lo ha permitido mi padre." Diéronse los dos chicos sendos mojicones y al poner Madrid en el suelo a su contrario, se apartó, dando punto a la lucha con esta exclamación: "¡Viva Colombia!"

En 1854, hallándose reunido en Ibagué el Congreso de la república, Fernández Madrid habitaba una casita pajiza, junto con don Ignacio Gutiérrez Vergara y los generales Vélez y Ortega; es decir, que hacían vida común los cuatro hombres más creyentes, juiciosos y de intachable conducta que podían hallarse en Ibagué.

Hubo en cierta noche un baile borrascoso, de aquellos que vulgarmente se llaman entre nosotros de *medio pelo*, y a él concurrió un senador de vida alegre, gran calavera y no poco aficionado a copiosas libaciones. Hubo en el baile la de Dios es Cristo y el travieso senador fue terriblemente apaleado. Al día siguiente, informado el alcalde de lo ocurrido, pareciéndole que se había atentado contra la inmunidad de un miembro del Congreso, inició sumario y pasó nota al senador (a quien no conocía, pues sólo sabía cuál era su alojamiento) pidiéndole informe certificado. El chusco legislador a quien la paliza no había quitado el buen humor, tuvo la ocurrencia, al emitir su in-

forme en el que refirió toda la aventura, de firmar: *Pedro Fernández Madrid*; y citaba como sus compañeros de aventura y testigos presenciales a los señores Vélez, Ortega y Gutiérrez Vergara. . .

Se colige cuánto no provocaría a risa en Ibagué la chistosa truhanería del senador calavera; pero lo más curioso fue que el señor Madrid, alarmado con aquella mistificación judicial, fue al punto con mucha seriedad a buscar al alcalde para hacer constar que era equivocada la supuesta identidad de las personas. Tanto así respetaba, aún sin necesidad, la opinión pública y las leyes.

Vivía Fernández Madrid en Serrezuela, donde le agobiaban mil sufrimientos que le preparaban la muerte, cuando un domingo el cura párroco anunció en el púlpito que no reputaría como buen cristiano y digno de los sacramentos a ningún vecino que no comprobase, mediante examen del sacristán, que sabía suficientemente la doctrina cristiana. Madrid que por sus muchos estudios y penalidades había olvidado en parte algunas de las oraciones más extensas, se puso luego a repasar su catecismo y dos o tres días después se presentó a someterse a examen en la sacristía parroquial. Mostró el sacristán sumamente avergonzado, declarando que de ningún modo podría examinar a un hombre tan respetable y eminente como el señor Madrid; pero éste insistió de tal manera y tan humildemente, que el párroco hubo de intervenir y darle gusto.

En otra ocasión, allí mismo, en Serrezuela, una de las virtuosas y modestísimas hijas de Madrid hizo algo (acaso algún descuido involuntario o insignificante niñería) que le desagradó. ¿Sabéis el castigo que la impuso? El que él reputaba siempre como más racional y eficaz: la condenó a estar pri-

vada por un día de la presencia de su padre y no servirle de enfermera... ¿No era esto imitar a Dios, cuya presencia es la suprema gloria y el inefable premio de la virtud? ¡Así pensaba aquel filósofo cristiano!

VI

¿De qué provenía la admirable serenidad de espíritu que mostró siempre Fernández Madrid? ¿De qué la ejemplar resignación con que durante muchos años soportó los más intensos dolores, casi sin quejarse? ¿Cómo podía el pulcro, castizo y elegante escritor, el sabio publicista, el autor de la preciosa biografía del general Vélez, el eximio filólogo y correcto prosador castellano, sobrado merecedor del puesto de académico que se le había espontáneamente concedido, cómo podía, decimos, tener libre el pensamiento para las ciencias y las letras y discurrir con calma, rodeado de sus deudos, al amor del entristecido hogar, o departir con los amigos que iban a visitarle en su retiro, o dictar desde su lecho las bellas, sesudas y correctísimas cartas que dirigía en respuesta a las consultas que se le hacían...?

Todo el secreto de aquella serenidad y fortaleza moral, de aquella laboriosidad mental imperturbable, estaba en un sentimiento y una convicción que nunca le habían faltado. Tal sentimiento era un incorruptible amor a la verdad y el bien; y la convicción aquesta: que la religión y la ciencia son inseparables, y por lo mismo, que toda alma, para ser recta y verdaderamente luminosa, debe nutrirse de religión y ciencia. Madrid profesaba la verdadera filosofía, la única que puede mantener y equilibrar en el hombre la fuerza de la esperanza

y la serenidad de la convicción: comprendía la unidad del ser moral e intelectual en la aparente dualidad de la vida; que el *alma* es el *sér* inmortal, ilimitado como esencia de Dios, que vive en un mundo de fe y amor, de esperanza y caridad, y lleva en sí mismo la intuición de su destino eterno; en tanto que la *inteligencia* no es sino atributo del alma para adquirir *ciencia*, ejercer su *libertad* y *guiarse* y *purificarse*: pero atributo limitado en todos sentidos e incapaz, por lo mismo, de conocer, sondar y comprender lo infinito.

Así el alma, el *sér moral*, el *sér* por excelencia, vive de amor y fe, de caridad y esperanza, de belleza ideal, es decir, de *religión* y *poesía*, y busca a Dios en todas partes; al propio tiempo que la inteligencia, o sea la parte no amante, sino *indagadora* y *conocedora* de las facultades del mismo ser, tiende hacia la *ciencia*, hacia la investigación, experimentación y análisis de todo lo que puede estar a su alcance. Considerar al ser humano como *exclusivamente* religioso, es reducirle a la condición de meramente afectivo respecto de su Creador y sin relaciones obligadas con los objetos que le rodean como criatura; y considerarle como *exclusivamente* conocedor de los hechos o *científico*, es privarle de su naturaleza afectiva y de los atributos que le ligan a la Divinidad.

La religión tiene, pues, bajo su dominio el mundo de lo sobrenatural, lo eterno y lo infinito; la ciencia tiene bajo el suyo, el mundo de lo analizable, de lo limitado, de lo que es susceptible de investigación racional, de comparación y análisis, de experimentación por medio de los sentidos y del examen. Pero en medio de estos dos mundos está el elemento moral del alma humana; están las nociones relativas al deber y al derecho; y aquí

es donde la religión y la ciencia se ponen en contacto, porque ambas conducen, por caminos distintos, a consagrar la idea del bien y la justicia. Armonizar la inteligencia con el sentimiento, la razón con la fe, la ciencia con la religión, para establecer y afirmar la moralidad del hombre, es, pues, la verdadera y necesaria tendencia de la filosofía; y sólo mediante esta armonía es que el alma humana puede adquirir y mantener la serenidad de juicios que conduce a la virtud.

Tal era, si no me equivoco, la filosofía de Fernández Madrid. Porque así pensaba, era al propio tiempo un sabio y un hombre profundamente religioso. Por eso en sus últimos diez años de existencia vivió como un estoico, pero estoico católico, soportando el dolor con la entereza de un mártir; y su vida entera fue ejemplo de virtud, desinterés y dignidad. Nada aventuro al afirmar que si Madrid fue uno de los hombres más conspicuos de su tiempo y su generación, por su inteligencia y su saber, su virtud y sus preciosos escritos y discursos, lo fue mucho más aún por su *carácter*, uno de los más nobles, más grandes y elevados que hayan honrado a Colombia.

Si Madrid fue en su vida privada hombre intachable, por justo y bueno, y en el mundo de las letras un sabio, ¿qué cosa era como ciudadano y hombre público? Era, en toda la extensión de la palabra, un *republicano patriota*. Pero su republicanismo no brillaba con ostentación ni le acarrearba popularidad, porque él, en rigor, no pertenecía a ningún partido; no plegaba el espíritu a los reclamos sistemáticos de ninguna escuela política. Quería por igual la libertad y el orden porque los creía inseparables, como piezas de un solo organismo; y el progreso y la conservación le parecían

ser dos términos obligados de una ecuación, cuya incógnita era esta: hallar la *civilización* en el *bien*. Su república no era liberal ni conservadora: era simplemente la *república cristiana*, que hace al derecho humano inseparable del deber impuesto por Dios. ¡Dichoso el hombre que teniendo, como Pedro Fernández Madrid, un espíritu tan sabiamente inspirado, supo mantener todos los actos de su vida en perfecta armonía con sus levantadas convicciones de filósofo cristiano!